

LOS PERSAS INVADEN GRECIA

LAS GUERRAS MÉDICAS

Con firme audacia, las pequeñas ciudades-estado griegas se enfrentaron al vasto Imperio persa. Su victoria, lograda a un alto precio, descansó en los valores de solidaridad ciudadana que impregnaban el espíritu helénico

Texto CARLOS GARCÍA GUAL
CATEDRÁTICO DE FILOLOGÍA GRIEGA DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
ASESOR DE *HISTORIA NATIONAL GEOGRAPHIC*

Sobre la tumba de Esquilo, en la ciudad siciliana de Gela, rezaba la inscripción: «A Esquilo, ateniense, hijo de Euforión, cubre este sepulcro / porque murió en la tierra de Gela pródiga en trigales. / De su valor podría hablar el bosque glorioso de Maratón, / y el medo de larga cabellera que bien lo conoció.» El epitafio no recuerda que Esquilo fue el más grande dramaturgo de la época. Como máximo timbre de gloria, recuerda que peleó, con magnífico coraje, contra los invasores persas en el 490 a.C., en la batalla decisiva para la libertad de Grecia. Allí murió heroicamente, según Heródoto, su hermano Cinégiro. También luchó en Salamina, diez años después. Y compuso el más impresionante himno de la victoria en su tragedia *Los persas*, puesta en escena en el 472 a.C., teniendo a Pericles como corego (esto es, como la persona que sufragó los gastos de la representación). Así pues, en Gela, lejos de su Atenas natal, a la hora de su muerte, bastaba citar su mayor día de gloria: la jornada de Maratón. Y eso sucedía en el año 456 a.C., cuando ya habían transcurrido más de tres décadas de tan decisiva batalla.



LA BATALLA DE MARATÓN. Detalle de un sarcófago de época romana. La bestialización de los persas se refleja en el combatiente que muerde la pierna del soldado griego. Museo Cívico Romano, Brescia.

ARQUERO PERSA (en la página anterior): Detalle del llamado *Friso de los Arqueros*, que decoraba el palacio del fundador del Imperio aqueménida, Ciro el Grande, en Susa. Hacia 500 a.C. Museo del Louvre, París

La primera guerra médica quedó resuelta en una sola batalla, la de Maratón, victoria fulgurante de los defensores de la libertad

Maratón tuvo una enorme resonancia simbólica. Por primera vez una ciudad griega continental había ofrecido batalla a las tropas del gigantesco Imperio persa y las había derrotado. La victoria de sus hoplitas sobre un enemigo aguerrido e imponente inspiró a los atenienses una sensación de orgullo y confianza en sus propios valores que sería la base de su futura grandeza, y sustentó la propaganda ideológica de la democracia. Sin la prometida ayuda de Esparta, nueve mil hoplitas atenienses y un millar de plateos detuvieron la invasión de las tropas persas, y con una formidable y furiosa embestida las empujaron de nuevo al mar.



ARQUERO PERSA. CERÁMICA DEL SIGLO VI A.C.

PHOTO RMN

MARATÓN: LA CARGA INMORTAL

Los persas habían llegado hasta el Peloponeso para castigar la ayuda prestada por atenienses y eretrios a la gran rebelión antipersa de Jonia, nueve años atrás. Aconsejados por el tirano Hipias, exiliado por la democracia ateniense, habían desembarcado en el llano de Maratón, en la costa norte del Ática, con intención de avanzar desde allí hacia Atenas. Pero, apostados frente a la costa, ante ellos se encontraron a nueve mil hoplitas atenienses y sus aliados de Platea. Los invasores doblaban en número a los griegos y tenían una imponente fuerza de caballería, pero no podían maniobrar bien desde su posición.

Durante ocho días uno y otro ejército permanecieron frente a frente. Entonces, los persas decidieron reembarcar su caballería y enviarla hacia el puerto de Falero para desde allí irrumpir en Atenas, donde creían contar con aliados dispuestos a franquearles la entrada en la ciudad. Apenas advirtieron que los persas embarcaban la caballería, los atenienses, guiados por Milcíades, se lanzaron en ataque frontal, a paso de carga en los últimos doscientos metros, con toda la rapidez que permitían sus pesadas armaduras, bajo la densa lluvia de flechas de sus enemigos.

En el combate cuerpo a cuerpo el muro de lanzas y escudos de la falange griega resultó irresistible, y tras una sangrienta refriega los persas huyeron en desorden en sus naves. Sobre el campo de batalla quedaron seis mil guerreros persas y sólo ciento noventa griegos. Luego, para acudir a la defensa de Atenas, los mismos hoplitas, dejando un retén en el campo de batalla, cubrieron en rápida marcha los cuarenta kilómetros hasta su ciudad y llegaron, al día siguiente, al tiempo que los navíos persas se avistaban ante el puerto de Falero. También entonces llegaba por fin ante los muros de Atenas el demorado ejército espartano. A los persas sólo les cupo retirarse.

La primera guerra médica quedó así resuelta con una sola batalla, victoria fulgurante de los defensores de la libertad. No es extraño que los combatientes se convirtieran en un nuevo prototipo de héroes cívicos y que esa derrota de los asiáticos se viera como un símbolo perdurable. La generación de los *maratonómacos*, salvadores de la libertad y la democracia, tuvo un fulgor ejemplar.

LA VENGANZA PERSA

Diez años más tarde reaparecieron los persas para vengar el fracaso anterior. Ahora no era una expedición de castigo, sino una verdadera invasión, capitaneada por el Gran Rey, Jerjes, que había sucedido a su padre Darío. En esos años intermedios la monarquía persa había tenido que subyugar varias rebeliones, mientras que en Atenas se había consolidado la democracia y, bajo la influencia de Temístocles y aprovechando la riqueza de las minas de plata de Laurión en el Ática, se había construido una potente flota de doscientas trirremes. El contingente persa no estaba formado por los casi tres millones de hombres que cuenta Heródoto, pero sí con más de trescientos mil, es decir, con una amplísima flota y un ejército de inmensas proporciones.

Los griegos se reunieron en Corinto para firmar una alianza defensiva, bajo el mando de atenienses y espartanos. Pero muchas regiones optaron temerosas por someterse al invasor persa, como hicieron los tesalios y los beocios. Los macedonios ya eran aliados de los persas. El mismo oráculo de Delfos se manifestó, con su habitual ambigüedad, favorable a los invasores. Las tropas de Jerjes cruzaron el Helesponto por un puente de barcas y avanzaron rápidamente.

La primera línea defensiva de los griegos estaba colocada en el paso de las Termópilas, paso obligado para la entrada desde el norte a la Grecia central. A la misma altura del mapa, en los estrechos del Euripo, entre el



DE ÉFESO (en la actual Turquía) partieron las tropas de las ciudades rebeldes de Jonia que, con ayuda de eretrios y atenienses, atacaron Sardes, la capital persa de la región, en 498 a.C. Aunque destruyeron la ciudad, no pudieron ocupar su ciudadela. En su camino de retorno, fueron aplastados por los persas cerca de Éfeso. En la imagen, una calle de esta ciudad.

ARALDO DE LUCA

En las Termópilas, el rey espartano Leónidas resistió a los persas con sus trescientos hombres: todos murieron en el combate

continente y Eubea, los barcos griegos tratarían de cortar el avance de la flota persa. Por tierra y por mar, pues, aprovechando la angostura de los dos pasos, los griegos presentaron la primera defensa.

En las Termópilas mandaba el destacamento el rey Leónidas de Esparta, con su batallón de trescientos espartíatas. Pero los persas, con ayuda de un traidor, lograron encontrar un paso en las montañas y, sobrepasando su posición, atacaron a los griegos por ambos lados. Leónidas permitió retirarse a otras tropas, pero quiso resistir allí con sus trescientos hasta la muerte: todos cayeron tras fiera pelea bajo la avalancha de atacantes. Su gesta fue recordada como un homenaje a la gloriosa disciplina de Esparta. Uno de los más famosos epigramas clásicos lo recuerda, en forma de epitafio: «Oh, extranjero, anuncia a los Lacedemonios / que aquí yacemos obedeciendo sus consignas».



MAURITIUS

EL SACRIFICIO DE LOS ESPARTANOS

El 28 de agosto del 480 a.C. tuvo lugar el legendario combate de las Termópilas, el desfiladero que, en la segunda guerra médica, debían atravesar las tropas de Jerjes para alcanzar Atenas. Defendía el paso el espartano Leónidas (arriba), al frente de 300 de los suyos y de los beocios que restaban del poco más de un millar que luchaba con ellos. Rotas sus defensas, los supervivientes formaron sobre una colina y lucharon hasta el último aliento, cuando los persas los sepultaron bajo una lluvia de proyectiles. Fueron enterrados en el lugar donde habían caído

SALAMINA: LOS BARCOS DE GRECIA

El avance persa parecía incontenible. Los atenienses, de acuerdo con el consejo de Temístocles, abandonaron su ciudad y se refugiaron en las naves y la isla de Salamina, y allí aguardaron la llegada de la gran flota enemiga. Jerjes conquistó Atenas, defendida sólo por una mínima guarnición, y la destruyó y saqueó. Luego la armada persa avanzó para presentar batalla contra la griega reunida en las aguas del golfo de Salamina. Atraídos por un sutil engaño de Temístocles, los barcos persas y sus aliados fenicios se internaron en aquellos estrechos y allí sufrieron la embestida y el acoso de los griegos, más hábiles y diestros en aquellos parajes. La batalla concluyó en un tremendo desastre naval para los persas. Jerjes, que presenció la clamorosa derrota, se retiró angustiado.

Todavía quedaba en el Ática el gran ejército terrestre persa, al mando del sátrapa Mardonio. Intentó negociar un pacto con los atenienses, que se negaron a sus condiciones, aunque tuvieron que abandonar de nuevo su ciudad. Éstos convencieron a los espartanos para que avanzaran más allá del istmo de Corinto y presentaran batalla. En la llanura vecina a Platea se enfrentaron, al fin, los dos poderosos ejércitos: el de los aliados griegos, dirigido por el espartano Pausanias, formado por más de cincuenta mil hoplitas, el contingente más numeroso nunca formado en tierra helénica, y el de los persas, tal vez algo mayor. Los hoplitas espartanos lograron imponerse con férreo empuje a los tumultuosos persas y éstos fueron vencidos en todo el extenso frente. Su general Mardonio pereció en la batalla, el campamento persa fue arrasado y los restos del gran ejército marcharon en fuga hacia el norte.

La amenaza del imperio asiático había sido aniquilada tanto por mar como por tierra. Por las mismas fechas, el 479 a.C., la flota ateniense destruía a la persa que vigilaba la costa jonia, frente al monte Mícale, cerca de Mileto. Prendieron fuego a las naves y marcharon luego hacia el Helesponto para destruir el puente persa; lo hallaron destrozado ya por una tormenta. Las guarniciones persas se retiraron y toda Grecia respiró victoriosa y liberada.

LA VICTORIA

Tras la batalla de Platea los griegos decidieron apagar todos los fuegos sagrados en las ciudades que habían ocupado los invasores persas y encenderlos de nuevo con la llama purificadora traída del santuario de Delfos. Por consejo del oráculo se erigió en Platea un altar a Zeus Liberador (Eleutherios), con un culto perenne al cuidado de los plateos. Los muertos, tanto en Platea como en Maratón, fueron enterrados en el campo de batalla, separados por su ciudad de origen, y un diezmo del botín capturado a los persas fue remitido al santuario de Delfos. También se hicieron ofrendas a Poseidón en el istmo de Corinto.

De cara al futuro los atenienses, con su nuevo prestigio, su audaz empeño y una confianza firme en sus instituciones democráticas y en su flota, emprendieron con ánimo tenaz una política de amplios horizontes, tomando un papel hegemónico en la defensa del Egeo, mientras los espartanos se retiraban de la escena, sin mostrar ningún interés por un esfuerzo bélico que los comprometiera más allá del ámbito lacedemonio.

Atenas supo rentabilizar sus éxitos, y se puso al frente de la confederación de *poleis* llamada Liga de Delos (con un tesoro común formado por los tributos anuales de las aliados). Siguiendo, pues, con la táctica política de construir y equipar más naves para sustentar su expansión marítima, en la línea diseñada por Temístocles, los atenienses fortalecieron la Liga y lograron en el año 467 a.C. otro gran triunfo en la batalla naval de Eurimedonte.



CARTOGRAFÍA: EOSGIS

499-490 a.C.

Primera guerra médica

LOS MOTIVOS

Tras el aplastamiento de la rebelión antipersa de las ciudades jonias (499-494 a.C.), a las que habían auxiliado Atenas y Eretria, el rey Darío I decide el ataque de castigo a los griegos.

LOS PROTAGONISTAS

Hipias, tirano expulsado de Atenas, aconseja a los persas el desembarco en Maratón, donde los invasores son repelidos por los hoplitas al mando de Milcíades, estratego de Atenas.

LAS BATALLAS

En 492 a.C. el persa Mardonio somete Tracia y Macedonia, pero una tormenta hunde su flota. En 491 a.C. Datis y Artafernes destruyen Eretria, pero son derrotados en Maratón al año siguiente.

LAS CONSECUENCIAS

El triunfo ateniense pone de manifiesto que Persia no es imbatible y refuerza el régimen democrático de Atenas, que emprende la construcción de una poderosa flota.

480-479 a.C.

Segunda guerra médica

LOS MOTIVOS

El rey Jerjes I, hijo de Darío, decide vengar la derrota de su padre mediante una nueva invasión, que tiene lugar diez años después de la derrota de Maratón.

LOS PROTAGONISTAS

La victoria griega se debe al rey espartano Leónidas (muerto en las Termópilas), así como al ateniense Temístocles y al espartano Pausanias, artífices de los triunfos de Salamina y Platea.

LAS BATALLAS

El sacrificio espartano en las Termópilas permite a los griegos preparar la defensa y facilita la victoria naval de Salamina (480 a.C.), completada con las de Platea y Mícale (479 a.C.).

LAS CONSECUENCIAS

Atenas encabezará la Liga de Delos, a la que se incorporan las ciudades jonias para huir de la tutela persa, y se convierte en la rival de Esparta por la hegemonía en el mundo griego.

Los griegos se vieron a sí mismos como campeones de la libertad y la democracia frente a los súbditos bárbaros de un déspota oriental

En la desembocadura de este río, la flota ateniense, capitaneada por Cimón, el hijo de Milcíades, derrotó de nuevo a la recompuesta armada persa en el Egeo. (Temístocles había sufrido el ostracismo años antes, pero su visión de una Atenas poderosa se mantuvo y resultó providencial para la grandeza de la ciudad y la constitución de su futuro imperio.) Fue como un espléndido colofón de las batallas médicas. Ahora fueron los griegos los que con su ataque llevaron la iniciativa para demostrar su poderío naval ante la costa jonia.

El repetido triunfo de los ciudadanos, en sus heroicos combates, produjo una conciencia de su propia valía en los atenienses, que se vieron como los campeones de la libertad y la democracia frente a los súbditos bárbaros de un déspota oriental. «El conflicto –escribe el historiador Javier Gómez Espelosín– impulsó una profunda revisión del pasado traducido en términos míticos, al exaltar la talla sobrehumana de los vencedores y establecer una nítida frontera entre los griegos y los "otros". Los vencedores fueron rápidamente equiparados en grandeza y en gloria a los antiguos héroes de la epopeya... Las guerras persas se convirtieron en uno de los temas de la gran literatura de la época, como la poesía coral de Simónides o el teatro de Esquilo. Los vencidos, por su parte, pasaron a convertirse en el modelo del bárbaro oriental que arrastraba consigo a ciertos elementos míticos del pasado como los troyanos o las amazonas... Adquirieron a partir de entonces la caracterización de auténticos bárbaros que derivaban de su condición de asiáticos, con las consiguientes connotaciones negativas... La victoria sobre los persas generó la creación del mito del oriente despótico y decadente que resulta finalmente derrotado por una Europa libre y racional que contó en todo momento con la ayuda de los dioses».

LA INVENCIÓN DE LOS BÁRBAROS

Surgió así esa imagen cuasi mítica que opone un mundo asiático sometido al despotismo oriental frente a un pueblo libre, regido por leyes, racional y progresista, es decir, europeo. Aquí se origina esa tópica e interesada contraposición de Oriente y Occidente, que pervivirá en el imaginario europeo y se verá más tarde burdamente utilizada con pretextos coloniales, como denuncia Edward Saïd en su excelente libro *Orientalismo*. No fue imparcial con el imperio aqueménida, sino útil a la propaganda ateniense. Pero no olvidemos que otros escritores griegos, como Jenofonte, elogiaron la educación persa, y que Heródoto escribe de los persas con admiración y respeto. Y en la corte persa se refugiaron muchos exiliados griegos, no sólo el tirano Hipias, sino también el propio Temístocles.



BRIDGEMAN

DARÍO I, LA AMBICIÓN DE PERSIA

Darío I, que rehízo la unidad del Imperio persa, aquejado de múltiples usurpaciones, heredó –aunque con relativo éxito– las ambiciones expansionistas de los primeros soberanos aqueménidas, Ciro el Grande y Cambises. Así, intentó conquistar Escitia, empeño en el que fracasó, y, aunque pudo reducir la revuelta que había amenazado el poder persa en Jonia y logró la sumisión de Tracia y Macedonia, fue vencido por los griegos en Maratón. Arriba, Darío representado en una moneda de oro acuñada durante su reinado (521-486 a.C.)

LA DESUNIÓN DE LOS GRIEGOS

Tras constituirse la liga marítima de Delos, Atenas logró consolidar su hegemonía, convirtiéndose en la gran rival de Esparta, que, a su vez, acaudillaba la liga peloponesia. La larga rivalidad entre las dos ciudades y sus respectivos aliados desembocó, tras un largo espacio de larvados enfrentamientos y tensiones en la Guerra del Peloponeso (430-404 a.C.), que concluyó con derrota de Atenas y la disolución de su imperio marítimo.

La existencia de rencillas continuas entre las ciudades griegas fue un rasgo manifiesto de la política griega en todas las épocas. Los persas no intentaron nuevas incursiones bélicas más allá de las costas asiáticas, pero sacaron partido de esos conflictos y azuzaron con sus riquezas esas peleas una y otra vez. Con oro persa se reconstruyeron los Muros Largos de Atenas, derruidos tras la gran derrota de Egospótamos ante los espartanos (405 a.C.); y subsidios persas mitigaron el hambre en Atenas y permitieron elevar el sueldo diario a los miembros de la *ecclesía*, la asamblea del pueblo.

Unos años después de la recuperación de su poderío naval, los atenienses guiados por Conón y unidos a los persas de Tiribazo derrotaron en la batalla de Cnido (394 a.C.) a la flota espartana, hundida para siempre, y más tarde ese sátrapa persa, en nombre del Gran Rey, iba a obligar, en el 386 a.C., a atenienses y espartanos a aceptar las condiciones de paz del tratado de la Paz del Rey o de Antálcidas (según el nombre del jefe espartano), por el cual las ciudades costeras de Asia Menor y la isla de Chipre quedaban bajo dominio persa, mientras que otras islas y ciudades mantenían su autonomía, vigilada, eso sí, por los persas.

Casi cien años después de Salamina y Mícale, la sombra del Imperio persa se mantenía en el Egeo, gracias a las rencillas y guerras en que las *poleis* griegas –es decir, Atenas y Esparta– desgastaban su poderío militar. Medio siglo más tarde, Alejandro de Macedonia iba a dar una solución final, con su invencible impulso, al largo duelo de las ciudades griegas y el Imperio aqueménida.



RUINAS DE SARDES, hoy en Turquía. Antigua capital del reino de Lidia, fue ocupada por el rey persa Ciro el Grande en 547 a.C. y convertida en capital de satrapía (provincia). En tanto que centro del poder persa en Jonia, en el año 498 a.C. fue arrasada por los jonios, que se habían rebelado contra Persia

HANS GEORG ROTH/CORBIS

Los bienes por los que los griegos arriesgaron su vida en el siglo V a.C. son todavía hoy los valores supremos de la humanidad occidental

Pero volvamos, de nuevo, a la mencionada tragedia de Esquilo, para subrayar su perspectiva simbólica y su carácter excepcional. Recordemos que *Los persas* es, no tan sólo la obra trágica más antigua que conocemos, sino también la única tragedia griega conservada de tema histórico. (Sabemos que hubo alguna más, como *La toma de Mileto* y *Las fenicias* de Frínico, pero ninguna alcanzó la grandeza poética de Esquilo.) En lugar del mito heroico, aquí se ponía en escena un hecho de la historia reciente, un drama realmente vivido por muchos de los espectadores atenienses.



DAGLI ORTI / ART ARCHIVE

LOS COMBATIENTES GRIEGOS

A diferencia de los persas, cuyos enormes ejércitos estaban compuestos de contingentes de las más dispares procedencias, con organización y armamento heterogéneos, los combatientes griegos fiaban la victoria a la poderosa infantería hoplítica. A los hoplitas, ciudadanos en armas protegidos por una poderosa armadura (casco, coraza, escudo, grebas) y provistos de lanza y espada, se debieron los grandes triunfos de Maratón y Platea. Sobre estas líneas, un hoplita representado en la crátera hallada en Vix (Francia), y fechada en el siglo VI a.C.

TRAGEDIA E HISTORIA

Los persas se representó en el 472 a.C., es decir, sólo ocho años después de las batallas de Salamina y Platea. Al recordarlas, se daba al suceso reciente un prestigio mítico. Por otra parte, la forma trágica exigía un enfoque dramático propio y un estilo solemne. Esquilo lo sabía muy bien y por ello no exalta la astucia estratégica de los vencedores, sino que con su perspectiva trágica trata del mortífero desastre de los arrogantes invasores, o, mejor dicho, de la justa catástrofe a la que el rey Jerjes llevó a toda su gente, un pueblo valeroso.

Jerjes es el protagonista funesto del drama, el que, con su soberbia, su *hybris*, es culpable de la gran guerra y la terrible mortandad de los invasores asiáticos, aniquilados por los defensores de la libertad griega. El contraste entre los sumisos súbditos persas y los griegos que luchan por su patria democrática resalta los valores de la cultura griega, a la vez que la valentía de esos ciudadanos que derrotaron a un imperio tan poderoso y a un ejército superior e imponente. La trágica catástrofe de los persas ilumina su triunfo justo y magnífico. Frente al largo lamento por los nobles persas muertos, no se nombra a ningún griego, pues la victoria fue de todo un pueblo, amado y protegido por los dioses. Ningún otro himno de victoria ha logrado tanto eco poético al dar la voz a los vencidos. «*Los persas* es la única celebración de una victoria militar que alcanza el valor de la más elevada poesía», según Gilbert Murray.

La *Historia* de Heródoto está, en su visión de conjunto, muy de acuerdo con esa perspectiva. También allí el gran estratego Temístocles (en VIII, 109) atribuye el triunfo de Salamina y Platea a los dioses, pero a unos dioses que saben ser justos en sus recompensas: «¡No somos nosotros los que hemos hecho estas cosas! Son los dioses y los héroes, a quienes repugnaba que la soberanía de Europa y Asia quedara en manos de un único hombre, orgulloso e impío». El gran dramaturgo, combatiente heroico en las dos guerras, y el ilustrado historiador jonio supieron expresar, uno en verso y el otro en prosa, esa emotiva vivencia de toda una generación orgullosa de su amor a la libertad.

Resulta muy interesante que, como decíamos al principio, el corego de *Los persas* fuera el joven Pericles. Se trata de la primera ocasión en que su nombre surge en la esfera pública, y lo hace vinculado a la celebración de la victoria sobre Persia, cuyo recuerdo va a glorificar –ya convertido en el gran conductor de la democracia ateniense– con la reconstrucción de la Acrópolis destruida por los persas.

LA LIBERTAD COMO HERENCIA

En todo caso, y más allá de la utilización del triunfo griego a la mayor gloria de Atenas, es indudable que la derrota persa tuvo una significación crucial para el futuro de Europa. Como señaló el gran helenista Hermann Bengtson: «El que los griegos superaran la embestida del Este dio objetivo y orientación al desarrollo político y cultural del Occidente para un siglo completo. Sólo por medio de la victoriosa lucha por la libertad de los griegos ha nacido Europa como idea y como realidad. Los bienes por los que un día los griegos arriesgaron su vida son todavía hoy los valores supremos de la humanidad occidental. El que la cultura griega, en plena libertad en el interior y el exterior, pudiera elevarse a esas creaciones que el Occidente admira como los modelos clásicos en el arte figurativo, en el drama, la filosofía y la historiografía, eso se lo debe Europa a los combatientes de Salamina y de Platea, a Temístocles no menos que a Pausanias». ■

PARA SABER MÁS

ENSAYO

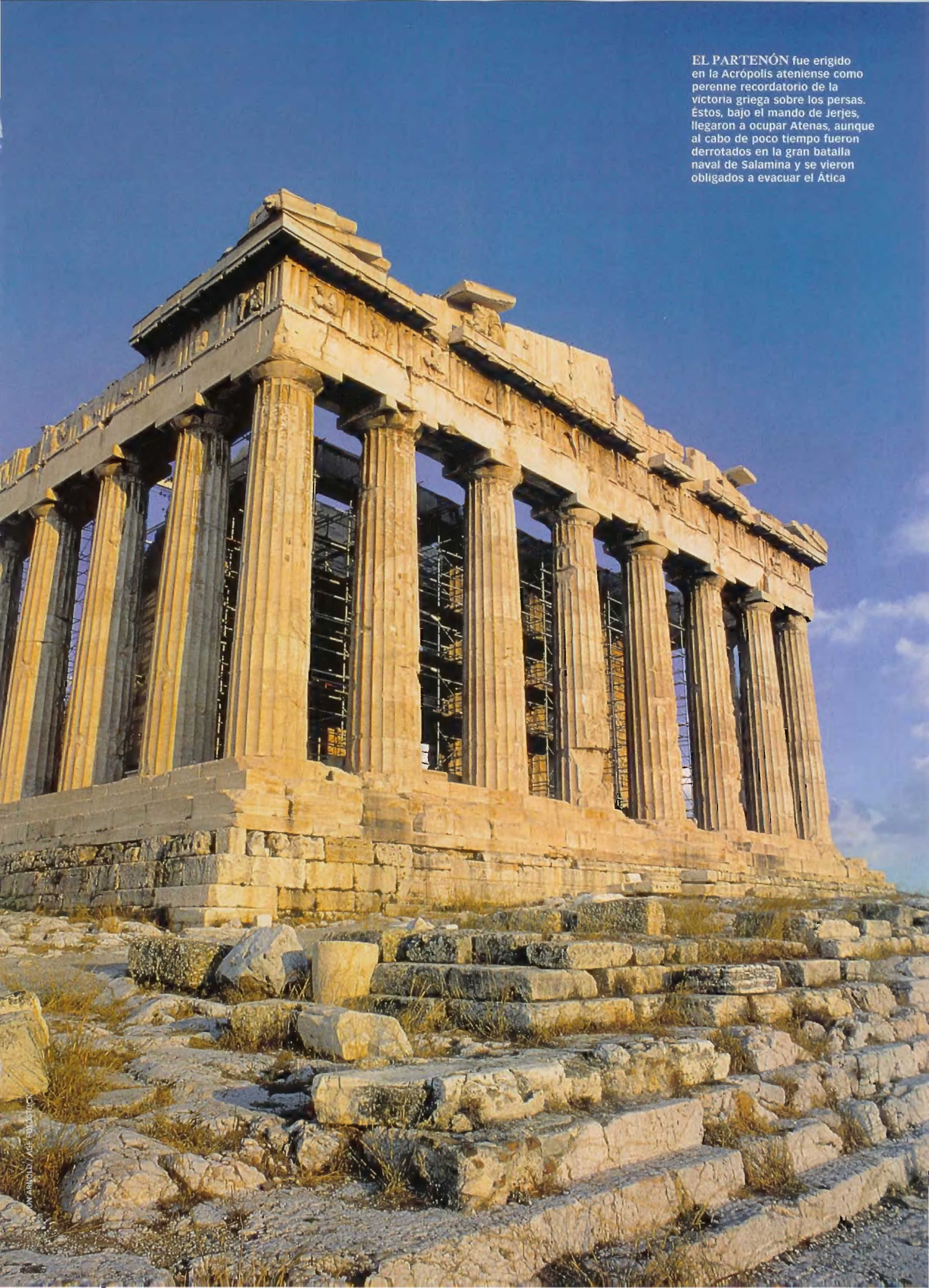
- Historia de la Grecia antigua. *F. J. Gómez Espelosín,* Akal, Madrid, 2001
- Antigua Persia. *J. Wiesenhöfer.* Acento, Madrid, 2003

NOVELA HISTÓRICA

- Creación. *G. Vidal,* Edhasa, Barcelona, 2003

INTERNET

- www.artehistoria.com/



EL PARTENÓN fue erigido en la Acrópolis ateniense como perenne recordatorio de la victoria griega sobre los persas. Éstos, bajo el mando de Jerjes, llegaron a ocupar Atenas, aunque al cabo de poco tiempo fueron derrotados en la gran batalla naval de Salamina y se vieron obligados a evacuar el Ática

JON ARNOLD / AGE FOTOSTOCK